«CON MANOS DE MENDIGO»: LA RELACIÓN POÉTICA CON DIOS SEGÚN JOB

Víctor Herrero de Miguel

El libro de Job –meditación sobre el sufrimiento, reflexión sapiencial sobre quién es Dios, aguijón verbal contra las teodiceas tradicionales– es, además, un poema que se ocupa de un tema trascendente: la capacidad de la palabra humana para buscar la presencia de Dios y entrar en diálogo con él.

El hombre es un dios cuando sueña
y un mendigo cuando reflexiona.
HÖLDERLIN

1. Esto no es un libro

Se llamaba Pablo, pero todos lo conocían como «el pobre de la manta». Cubierto por una, vieja y sucia, se arrastraba por las calles de Salamanca. Lo que sacaba de la mendicidad lo invertía en droga. Una noche lo encontré arrodillado frente a una alcantarilla. Lloraba tirándose del pelo. Me quedé observando. Percibí que, mezcladas con lágrimas, balbucía palabras. Presté atención y comprendí qué es lo que sucedía: por aquella alcantarilla se había caído el billete con el que pensaba adquirir su próxima dosis de heroína. Pablo, lamentándose, hablaba con Dios: blasfemando, preguntaba repetidamente por qué, por qué, por qué le sucedía a él eso.

Años después, frente a esta pantalla recuerdo aquella escena con una nitidez que aún duele: Pablo, con su manta rota por la vida, hablando a Dios desde la tapa de una alcantarilla, es para mí el rostro de Job, esa voz que grita a lo alto desde los abismos de la Biblia hebrea. En la historia de Job, leída en el cuerpo de Pablo, se verifican las palabras que Whitman situó en el inicio de sus poemas: «Esto no es un libro: quien toca esto, toca a un hombre».

2. Un motivo profundo

El libro de Job une la voz de dos orillas: la de quienes, vislumbrándola y tejiendo su existencia, preceden a la Palabra bíblica y la de aquellos cuya palabra resultaría incomprensible sin la Escritura. Es un puente de oro entre dos tiempos y dos mundos que, en la figura de este hombre, se hermanan.

En él confluyen las voces egipcias del *Canto de los arpistas* o *Diálogo de un desesperado con su alma*, el texto de Súmer conocido como *El hombre y su Dios*, el poema acadio *Lud-lul bel nemeqi* o el babilónico *Diálogo de un sufriente con su amigo*. Todos estos textos, como la savia a la raíz y la corteza, alimentan subterráneamente el corazón de Job.

En apariencia, el libro de Job es la crítica a un sistema de pensamiento, la llamada «doctrina de la retribución»; en lo profundo, el motivo del libro es la posibilidad del diálogo, fraguado en el misterio, entre el hombre y Dios.

De igual modo, podemos recordar a todos aquellos que levantan su voz sosteniéndose en los hombros de Job: poetas como T. S. Eliot, Hopkins o Fray Luis, novelistas como Bulgákov, Camus, Hesse, pensadores de la talla de Kierkegaard, Nietzsche o Steiner... directores de cine como Woody Allen o pintores como Marc Chagall.

Este libro infinito presenta un tema aparente y un motivo profundo. En apariencia, Job es la crítica a un sistema de pensamiento, la llamada *doctrina de la retribución*, según la cual la felicidad en la tierra y la fidelidad a la ley del cielo se conectan; en lo profundo, el motivo del libro es otro: la posibilidad del diálogo, fraguado en el misterio, entre el hombre y Dios.

3. Una ficción real

Job es un libro de ficción. Para comprender esta afirmación, es bueno acudir a dos hombres del pasado. El primero, Fernando Pessoa, quien nos alertó de que

> El poeta es un fingidor,
> finge tan completamente
> que hasta finge que es dolor
> el dolor que en verdad siente.

En esta fórmula poética sobre la poesía se camufla una verdad que ya Aristóteles supo magistralmente entrever:

> No es trabajo del poeta decir lo que ha sucedido, sino lo que tiene probabilidad de suceder: lo que es

> posible según la verosimilitud o la necesidad […]. Por eso la poesía es más filosófica y seria que la historia: mientras que la poesía reflexiona sobre lo universal, la historia lo hace sobre lo concreto (*Poética* 1451b 27).

Es decir, a la poesía (también a la poesía bíblica) le compete el tratamiento de temas que reflejan –no porque hayan sido consumados, sino porque son susceptibles de ser pensados e intuidos– la verdad de la vida.

Desde aquí entendemos por qué Job es ficción poética: porque alguien, un orfebre (recordemos que el término «ficción» proviene de *fingere* y nos envía a la acción que el escultor realiza con sus dedos), ha gastado sus manos en la arcilla del lenguaje hasta lograr esta meditación sobre la humanidad (sus cimas y sus simas) que ahora conforma nuestro libro.

Job habita en un espacio complicado. La obra contiene muchos pliegues: cronológicos (la datación, según los autores, oscila desde la época premosaica hasta el siglo II a. C), lingüísticos (abundan los aramaísmos, los términos poco recurrentes), genéricos (Job ha sido leído como una epopeya, un poema didáctico, un debate judicial, una tragedia) y relativos a su composición (prólogo y epílogo en prosa, parte central en verso; un cuarto amigo, Elihú, que aparece de improviso…). Además, se cruzan las voces: Dios habla con Satán (un funcionario a su servicio que controla los sucesos de la tierra); a Job le hablan su mujer y sus amigos, pero él solo quiere escuchar a Dios.

Existen varias capas:

1) Lo que el prólogo plantea: la posibilidad o no de la religión desinteresada de Job y la prueba de dolor, cuyo origen él desconoce, a la que se le somete.
2) Lo que el libro desarrolla: la aproximación teórica de sus amigos al sufrimiento de Job y el grito poético de este anhelando un encuentro con Dios.
3) Lo que el epílogo resuelve: la declaración de la inocencia de Job y la condena de la actitud de los amigos.

Estamos, seguramente, ante el trabajo de distintos autores en distintas épocas. En un momento final, alguien reconoció, en la suma de las partes, una historia genial.

Job se prepara para luchar con Dios. Monasterio de San Juan, en la isla de Patmos. Siglo IX.

4. La aventura de la desnudez

Uno de los pasajes más conocidos de la obra se encuentra en el primer capítulo y, bajo la forma de un grito, dice así:

> Desnudo salí del vientre de mi madre y desnudo volveré a él (1,21).

En estas palabras encontramos el anuncio del camino de Job: un progresivo ejercicio de despojamiento, una aventura hacia la desnudez. Al hombre cuya gratuidad es cuestionada (1,10; 2,3), quien, convertido en una herida completa (2,7), resucita del más profundo silencio (3,1), le está reservado un destino: quedar convertido en ojo (42,5), ser pura y simplemente una mirada.

Hasta llegar ahí, Job, hermanado con el polvo y la ceniza, deberá luchar contra propios (su mujer, sus amigos: Elifaz, Bildad y Sofar) y extraños (un cuarto amigo, Elihú, que entra en escena; las imágenes de una divinidad a la que no reconoce y por la que no se siente conocido). Con ninguno de ellos está en

Job con Behemot y Leviatán Códice del Monasterio de San Juan, en Patmos.

igualdad de condiciones, con todos existe una asimetría: ellos hablan, desde la teoría, acerca de Dios y del sufrimiento, y él, sufriendo, levanta su voz a Dios para que le oiga.

5. La lucidez del desvarío

En el siglo pasado, Jean Cohen propuso un modelo para explicar las particularidades del lenguaje poético que se conoce como *teoría del desvío*. Según él, la poesía es un desvío necesario que la lengua adopta para alcanzar lugares distintos de aquellos a los que se llega en la comunicación cotidiana. Parecería que el lingüista francés tenía en mente el caso de Job, quien torciendo (y retorciendo) el rumbo de su palabra se adentra en terrenos hasta entonces desconocidos.

> La mirada sapiencial se hunde en los detalles de la vida natural para explicar desde ellos la situación humana: un interrogante afilado y absoluto.

Job mismo nos informa sobre el origen de su desvío:

> Si pudiera pesarse mi pena
> y juntarse en la balanza mis desgracias,
> serían más pesadas que la arena:
> por eso desvarían mis palabras (6,2-3).

Este hombre, despojado de todo y revestido de dolor, desvía su lenguaje del razonamiento común y llega al desvarío. El verbo que en hebreo expresa tal concepto tiene que ver con la garganta y se utiliza para indicar que alguien, de un recipiente, bebe un líquido de manera muy rápida, casi desesperada. Por analogía indica un modo de hablar precipitado, como un caballo salvaje que corre a campo abierto. Así considera Job que es su discurso.

Su desvarío le conduce a pretender acciones imposibles, como anular la propia concepción y nacimiento (3,1-10). ¿Acaso no quiere Job vivir? Al contrario, desea tanto la vida que sueña con limpiar los borrones que esta presenta y reescribir una historia distinta. Su capacidad para abrirle puertas al mundo es maravillosa. Job espera, razona en su desvarío, habla, a la expectativa de que la plenitud se pronuncie:

> Por eso no frenaré mi lengua;
> hablará mi espíritu angustiado,
> se quejará mi alma entristecida (7,11).

Se trata de asfaltar, verbalmente, el camino imposible: acercarse a los hombros del Creador y, desde allí, contemplar la creación bien hecha. Replicando a sus amigos su falta de fidelidad, exclama:

> ¿Pretendéis refutar mis palabras,
> cuando lo que dice un desesperado es viento? (6,26).

En hebreo, ese viento es la *rúah*, que en las páginas de la Biblia designa tanto la fuerza de un vendaval como la delicadeza de la brisa o, en esfera más íntima, el aliento, la presencia de la vida manifestada en la respiración. De ahí que *rúah* signifique también la conciencia, la interioridad. Así pues, lo que dice un desesperado puede ser ligero como la brisa, arrollador como el huracán, necesario como el aliento o lúcido como la conciencia. Así es el lenguaje del desesperado Job, su lúcido desvarío.

6. El destino transformado en conciencia

Job intuye que solo en el acto de expresión hay un canal para la vida. Golpeando a las puertas del cielo manifiesta una amargura de la que brota la queja (10,1). Su palabra se convierte en un objetivo fotográfico de alta precisión con el que encuadra la existencia, poniendo en negro sobre blanco la presencia de sus sombras. Así advierte a sus amigos:

Guardad silencio, que voy a hablar yo:
venga lo que tenga que venir,
arriesgaré todo,
me jugaré la vida (13,13-15).

Estas palabras expresan la plena conciencia de los lugares a los que puede conducir este discurso desde el abismo. El destino del hombre que, libre de toda máscara, se encara con las cuestiones sin respuesta es el desamparo. Job, como ya hiciera el mismo Homero (*La ilíada* 6, 146-149), compara al ser humano con los árboles (14,7-10), para concluir que hasta una corteza seca tiene más esperanza que el hombre. Descubrimos aquí la mirada sapiencial, que se hunde en los detalles de la vida natural para explicar desde ellos la situación humana: un interrogante afilado y absoluto.

> Job es poesía porque alguien, desde un rincón de Oriente Medio, lanzó su voz en todas las direcciones e hizo que, en cualquier época y lugar, un ser humano cualquiera se sintiera, ante el rostro de este hombre, mirándose al espejo.

Ante esta actitud, sus amigos lo acusan de prepotencia:

¿Has sido el primer hombre en nacer?
¿Te engendraron antes que a los collados?
¿Has asistido al consejo de Dios?
¿Has acaparado la sabiduría?
¿Qué sabes que nosotros no sepamos?
¿Qué entiendes que no entendamos? (7,7-9).

Es reprobable que un hombre vea y diga aquello que todos fingen no ver y dan vueltas inmundas para no decir. ¿Y qué ha dicho este hombre? Cosas como estas: que la vida es un cansancio inútil (3,20); que, cuando llega el dolor, los amigos desaparecen como el agua de un torrente en la sequía del verano (6,15-20); que Dios fabrica pesadillas para aterrorizar al hombre (7,14) y que las palabras del que se acerca a quien sufre son leves como polvo y, como el barro, de una fragilidad extrema (13,12).

Escuchando a Job, la acusación de los amigos pierde su ironía: en realidad, sí parece el primer hombre, el Adán que nombra el mundo tal cual es, que se pronuncia –nunca mejor dicho– a tumba abierta.

Job, aunque sabe que la palabra no alivia su dolor (16,6), con la carne entre los dientes y apretando en los puños la fuerza de la vida (13,13), habla con la autoridad de las víctimas:

Tierra, no cubras mi sangre.
No haya sepultura para mi clamor (16,18).

El acusado de hablar como el primer Adán grita como si fuera el primer Abel, el primer ajusticiado cuya sangre regó las entrañas de la tierra. Job parece un muerto al que le sobrevive la palabra. Su destino es la expresión.

7. Carne escrita en roca

Tan grande es el impulso de decir que, en un momento determinado, se produce un hecho sorprendente: Job, el personaje, burla las fronteras de la literatura y se instala en la vida:

Ojalá se escribieran mis palabras,
ojalá se grabaran en cobre;
con cincel de hierro y con plomo
se escribieran para siempre en la roca (19,23-24).

El protagonista quiere ser leído, la voz pide un ojo que lea la ficción: la historia más real. El hombre cuya carne ha quedado convertida en manuscrito de dolor elige las superficies más firmes (cobre y roca) y los materiales más indelebles (hierro y plomo) para quedar grabado para siempre.

Hay, en estas palabras que sobrepasan lo literario, una afirmación de lo verdaderamente poético: la conciencia de que es necesario exteriorizar, buscando la forma más

justa para hacerlo, la intimidad. A través de ella vibra el universo.

Por eso Job es poesía. Porque alguien, desde un rincón de Oriente Medio, lanzó su voz en todas las direcciones e hizo que, en cualquier época y lugar, un ser humano cualquiera se sintiera, ante el rostro de este hombre, mirándose al espejo.

8. Susurros y truenos

Las palabras de Job, como todo discurso poético auténtico, son una búsqueda. En los suyos se adivinan los ojos de un ciego que ha vuelto a ver y no puede controlar el ansia por compartir lo visto:

Me hierven las entrañas y no se acallan (30,27).

Job, su mujer y sus hijos. Biblia de Admont. Viena. Siglo XII.

Su mirada brota de dentro y persigue el corazón de las cosas, la mano de la que pende

> el aliento de cuanto vive, la respiración de todo ser de carne (12,10).

Pruebas de Job. Florencia. Siglo XI.

Job busca a Dios; su deseo consiste en dialogar con él (13,13). Y del lenguaje de su interlocutor anhelado dice uno de los amigos:

> ¡Qué tenue el susurro que de él percibimos!
> El trueno de su fuerza... ¿quién lo soportaría! (26,14).

Se trata de una afirmación que vela un desafío: ¿existe alguien capaz de penetrar en lo oculto? Tras la imagen late el temor reverencial a lo fascinante y lo tremendo. Detrás se esconce una convicción: la divinidad creadora ha sometido a la criatura a una restricción: la incapacidad de encarar su presencia.

Job –inconsciente, lúcido o desesperado– acepta el reto:

> Aquí está mi firma.
> Que el Todopoderoso me responda.
> Que mi rival escriba su alegato:
> lo llevaría al hombro
> o me lo ceñiría como una diadema;
> le daría cuenta de todos mis pasos
> y avanzaría hacia él como un príncipe (31,35-37).

Como otro Jacob a la orilla del río, este músico que toca a duelo por la vida (30,31) se prepara para el combate con Dios. Mordiendo el polvo, sueña con levantarse como un príncipe y deshacer el camino de Adán: avanzar hacia Dios con la frente erguida, limpio de toda culpa, protegido por la limpia desnudez de sus palabras.

9. Golpe a golpe, verso a verso

Dios acepta el duelo. Como Dagán, Enlil o Baal, se hace presente en la tormenta (38,1), aunque, al contrario que estos dioses, su intención no es arrollar al hombre, sino acercarse a él con su palabra:

> ¿Quién es ese que oscurece mis designios
> con palabras vacías de sentido? (38,2).

Al oír esto, recordamos algo: el emisor de estas palabras (Dios) y aquel contra el que se dirigen (Job) nos

hablan desde un mismo espacio: la mente del poeta que está detrás de la obra. Es él quien ahora, como ha hecho antes en el caso de Job, mueve los labios de Dios y pronuncia, desde ellos, su discurso. Este es el valor y la verosimilitud de la ficción poética que, desde categorías teológicas, llamamos inspiración.

El arranque del discurso de Dios parece un golpe mortal contra Job. Quien ha denunciado las sombras de la vida es acusado de oscurecer los planes de Dios. Del hombre aferrado a la palabra se dice que ha hablado «sin sentido». El término hebreo, perteneciente al vocabulario sapiencial, puede significar muchas cosas: «conocimiento», «experiencia», «habilidad», «reflexión»… En todo caso, hay un límite en el discurso de Job. Su palabra va a ser ahora confrontada:

> Cíñete los lomos como un hombre.
> Voy a preguntarte y tú has de contestar (38,3).

El acusado de comportarse como el primer Adán (7,7-9) es apelado ahora en su hombría. Dios le llama a un duelo verbal: verso a verso, Job deberá encajar sus golpes.

10. Tierra, mar y aire

La primera oleada de preguntas (38,4-38) es como una mano gigantesca que agarra fuertemente la de Job y la zarandea. Es invitado a un paseo por la creación:

> ¿Dónde estabas tú cuando yo fundaba la tierra?
> Dímelo, si es que sabes tanto (38,4).

El arquitecto pregunta a quien reside en el edificio que él ha diseñado, a quien, habitando en su interior, desconoce los cálculos precisos que garantizan su existencia. Son las palabras de la comadrona del mar:

> ¿Quién cerró el mar con una puerta
> cuando salía impetuoso del seno materno,
> cuando le puse nubes por mantillas
> y niebla por pañales? (38,8-9).

> Proviene de un mismo hombre (teólogo y poeta) la destreza de desdoblar su voz en la de la criatura que cuestiona y la de la divinidad que responde con preguntas. En su habilidad se vislumbra la experiencia de Dios.

Un acto de amor respalda el origen de lo que para el hombre es misterio y amenaza: el mar. Asistido en su nacimiento por Dios, queda para siempre sometido a él, abrigado (la imagen es conmovedora) por las nubes y la niebla. Y del mar al aire, a aquello que acontece en su interior:

> ¿Has mandado amanecer alguna vez en tu vida, asignando su puesto a la aurora? (38,12).

El alba, la renovación cotidiana del acto creador, es traída a escena y sirve de confrontación a Job. El sol, que, como dirá después otro poeta, alumbra con su luz a buenos y malos, ilumina ahora la mirada de Job:

> ¿Por dónde se va a la casa de la luz
> y dónde viven las tinieblas? (38,19).

Esa oscilación entre transparencia y negrura –los claroscuros de lo real– es algo conocido por Job. Todas sus palabras buscan iluminar las sombras, para que brillen en toda su opacidad. Ahora es conducido a poner los ojos en la ambigüedad de la existencia y sostener, como la palma de la mano de un cadáver, el gélido desamparo de las preguntas sin contestación.

11. Las leyes del cielo

La meteorología también tiene su lugar en este libro: nieve, granizo, lluvia, rocíos, hielos y escarcha. El agua

en todas sus formas y la existencia de los vientos y la tormenta (38,22-30) son explorados en lo que tienen de misterio. También las estrellas, que son comparadas con rebaños:

> ¿Puedes atar los lazos de las Pléyades
> o desatar las ligaduras de Orión?
> ¿Puedes sacar las constelaciones a su hora
> o guiar con sus hijos a la Osa Mayor? (38,31-32).

La imagen pastoril aplicada a los astros despoja al ser humano de su pretendido poder: el que en la tierra ata y desata, hace y deshace, dictamina y ordena, es totalmente incapaz de obrar así en el cielo. Sobre la relación entre ambas esferas, Dios pregunta:

> ¿Conoces las leyes del cielo
> o determinas sus funciones sobre la tierra? (38,33).

La palabra de Job, que antes mostró su capacidad para hacer pie en el abismo, se da ahora de bruces con la palabra divina. Digámoslo una vez más: proviene de un mismo hombre (teólogo y poeta) la destreza de desdoblar su voz en la de la criatura que cuestiona y la de la divinidad que responde con preguntas. Digámoslo también de nuevo: en su habilidad se vislumbra la experiencia de Dios.

Job, soportando la tierra, de Robert Falaise (1522).

12. El Señor de las bestias

En otro quiebro que nos deja boquiabiertos, el director mueve su cámara y nos ofrece la vida del mundo animal (38,36–39,30): ibis, gallo, leona, cuervo, antílope, cierva, asno y onagro, toro salvaje, avestruz, caballo, halcón, águila y buitre. De cada uno se destaca algo (la astucia, la habilidad para cazar, la asistencia providente a sus cachorros, la libertad), y todas las cualidades son contrapuestas a la incapacidad del ser humano Job para conferirlas. Así, del búfalo se dice:

> ¿Está el bisonte dispuesto a servirte
> y a pasar la noche en tu establo?
> ¿Puedes atarlo en los surcos fértiles
> para que are las vegas detrás de ti?
> Porque sea robusto, ¿puedes fiarte de él
> y descargar en él tus tareas?
> ¿Crees que volverá
> para reunir el grano en tu era? (39,9-12).

En este animal vigoroso e indómito, Job puede reconocer su propia vida: así como el bisonte no se alquila, tampoco Job –un animal del lenguaje– somete su libertad a poder alguno. Job, *el que lucha con el Todopoderoso* (40,2), ve su situación espejada en la de estas criaturas, como él, sin brida. Dios, no obstante, le pone en su lugar:

> ¿Posees un brazo como el de Dios,
> una voz como la suya para tronar? (40,9).

El que así habla no puede haber olvidado –pues ha sido espectador de todo el drama– que el brazo de Job sostiene una teja para rascarse las heridas (2,8) y que, después de vaciarse en lamentos, es un hombre ya casi sin voz. Al guerrero que avanza hacia Dios con la dignidad de un príncipe (31,37) se le invita a cubrirse con

las ropas del rey: grandeza, majestad, gloria y esplendor (40,10), y a combatir contra las fuerzas del caos. A ver qué puede su palabra contra ellas.

Como emblemas de esos poderes del mal, Dios escoge dos figuras mitológicas: Behemot (40,15-24) y Leviatán (40,25–41,26), que son puestas delante de Job como ejemplos vivientes de los límites de la vida humana. El hombre –incluso el hombre más valiente, como Job– nada puede frente a los poderes ancestrales que solo Él domeña. Del Leviatán –identificado con el cocodrilo, aunque tiene más que ver con una fantasía dotada de simbolismo– se dice:

> ¿Puedes pescarlo con anzuelo
> y su lengua sujetar a una cuerda? […]
> ¿Redoblaría entonces las súplicas hacia ti,
> lisonjeramente te hablaría? (40,25.27).

La distancia que Dios marca entre el Leviatán y el ser humano nos recuerda la que Job ha trazado entre él y sus amigos:

> Mientras me quede aliento,
> un soplo de Dios en los pulmones,
> no han de mentir mis labios
> ni proferir mi lengua falsedad.
> ¡Lejos de mí daros la razón!
> No renunciaré a mi honradez hasta que muera (27,3-5).

Precisamente porque Job no ha cedido ante sus amigos, está en condiciones de entender que la realidad (ejemplificada finalmente en el Leviatán) no cae en la trampa de ningún anzuelo.

13. De dioses y hombres

La cita de Hölderlin que encabeza estas páginas nos sitúa en el itinerario de Job: la criatura que sueña encontrarse con Dios, a quien el Altísimo, saliendo a su encuentro, reduce a la condición de mendigo. Su escudilla es perforada por la lluvia de palabras que el Creador pronuncia desde la tormenta.

Job y su culpa, de R. Bishop (1928).

¿Qué resuelve el discurso de Dios? ¿Qué ocurre con las preguntas de Job que han quedado sin respuesta? ¿Y con las sombras que han sido descubiertas en la vida? Ni la intervención de Yahvé ni el final feliz que se cose al libro (42,7-17) alivia la tensión de la obra. Tal vez las perplejidades que suscita son parte de su mensaje.

Si, como nos parece, el libro de Job es un poema genial sobre la capacidad de la palabra humana para asomarse a los veneros más hondos de la realidad, entonces tal vez la cosa cambia. El diálogo del hombre con Dios –soñado ya en las noches de Egipto, Babilonia y Súmer– aquí se transforma en vida. Se encarna en la piel de un ser humano desnudo. Asume las modulaciones de la voz de un hombre libre, un guerrero del lenguaje. Se nos trata de decir, cuando Job grita, hasta dónde llega la palabra humana: cuál es su fuerza, su potencialidad. Y se nos indica, cuando Dios responde, cuáles son los límites de ese grito: las paredes que no puede franquear, los fosos en los que se hunde.

En esto consiste la poesía: un silencio que se transforma en palabra y regresa al silencio original, ahora distinto. De Job, ya al final del libro, se dice que ha dicho «la verdad sobre Dios» (42,8). A lo que tal declaración apunta no es a la perfección formal de un discurso, ni siquiera al contenido del mismo. Se trata de algo diverso. Lo que en él se aprueba, lo que en su camino se verifica, es la autenticidad de un proceso: el de la palabra humana que siente el deseo de Dios, que deshace el mundo para hacer posible ese encuentro. Aceptando el desamparo despliega su poder y, según las va descubriendo, integra, no sin dolor, las limitaciones del lenguaje, que coinciden con las de la vida.

Al lector que tenga la honestidad y el coraje de hacer suyo el lamento de Job, de pronunciar con sus labios las palabras que él arroja, le está reservado un destino semejante al suyo. No se trata del grial que soluciona todos los problemas y da respuesta a cualquier pregunta. Es algo más precioso: la verdadera humanidad. Como Job, habrá hundido sus pies en el abismo y, como él, habrá acariciado con sus manos las estrellas. Su voz, como la del protagonista de este libro, habrá quedado transformada en ojo que descubre, en cada rincón, una misteriosa Presencia. ■